

# EL SUPERSTICIOSO MUNDO DE LAS CAMPANAS

Manuel-Antonio MARCOS CASQUERO  
Universidad de León

## 1º. ETIMOLOGÍA

El término *campana* con el significado que tiene en la actualidad debió incorporarse a la lengua latina en época bastante tardía, quizá en el siglo V p.C. Es cierto que el vocablo existía en latín desde muchos siglos atrás, pero simplemente como adjetivo para aludir a personas, animales o cosas procedentes o propios de la región italiana de Campania. Los términos utilizados para ello eran *campanus*, -a, -um y (quizá menos extendido, pero no menos antiguo) *campanicus*, -a, -um. Este segundo término es empleado por Plauto<sup>1</sup> cuando pone en boca del alcahuete Balión la amenaza de hacer que las espaldas azotadas de sus esclavos se asemejen "a los vivos colores que presentan las colchas bordadas en Campania":...*ut ne peristromata quidem aeque picta sint Campanica*. *Campanus*, por su parte, lo emplea Horacio<sup>2</sup> en una estampa propia de la atelana, en la que Sarmenus (bufón de Mecenas) y Cicirrus ('el gallo quirico', un osco mal encarado) se lanzan mutuamente hirientes pullas: Sarmenus se burla de las protuberancias que su contrincante presenta en la frente acusándolo de padecer el *Campanus morbus*. El escoliasta Cruciano explica que era frecuente entre los campanos una enfermedad que poblaba su frente de gruesas verrugas.

Tendrán que pasar varios siglos para que constatemos por escrito la existencia de *campana* como simple sustantivo, femenino y singular. Y cuando esto suceda los significados que posee son varios. San Isidoro de Sevilla<sup>3</sup> registra el vocablo *campana* como utilizado para designar una balanza que define del siguiente modo: "La *campana* recibió este nombre de la región de Italia en que comenzó a usarse por primera vez. Es una balanza que no se compone de dos platillos, sino de una barra en la que aparecen marcadas las libras y las onzas, y es regulada por un peso libre". Es la balanza que hoy día nosotros -con un recurso léxico similar- denominamos "romana". Quizá coetáneo de esta palabra es el mismo sustantivo *campana* con el valor que actualmente tiene para nosotros. En este caso su registro escrito es algo anterior. Lo encontramos por vez primera en la *Breviatio canonum*, del 515, obra salida de la pluma del diácono Ferrando de Cartago, discípulo de san Fulgencio y autor de una biografía de su maestro. Con el mismo valor volvemos a encontrarla en el Digesto (41, 1, 12), compilado el 533 bajo el gobierno del emperador Justiniano.

<sup>1</sup> Plauto, *Ps* 146.

<sup>2</sup> Horacio, *Sat.* 1,5,62.

<sup>3</sup> Isidoro de Sevilla, *Orig.* 16,25,6.

Tal valor substantivo resultó de la simplificación del sintagma tradicional, que era *vasa Campana*, esto es "recipientes o vasijas de Campania", fabricados en cobre o en bronce y en cuya producción sobresalía la mencionada región de Italia<sup>4</sup>. Hablando de bronce famosos, Plinio<sup>5</sup> afirma que el más reputado bronce es el de Campania, apropiadísimo para la fabricación de vasijas. Y acto seguido nos proporciona el secreto de su producción<sup>6</sup>. Fama tal nos es ratificada por el obispo hispalense, cuando dice<sup>7</sup>: "Entre las diferentes clases de cobre hay que citar el llamado 'campano', por Campania, la provincia de Italia, muy apreciado para todo tipo de utensilios y menaje de cocina". Si es cierto que la opinión generalizada deriva el término "campana" de su procedencia de Campania, como acabamos de ver, no falta empero alguna voz discordante, como la de Hübner<sup>8</sup>, que acuña una explicación verdaderamente peregrina, según la cual, la campana tomó este nombre por su empleo cristiano, por el que convocaba con su sonido a la gente de las aldeas (*pagani*) y de los campos (*campani*).

Parece lógico imaginar que el sonido que emitían esos objetos de cobre y de bronce al ser golpeados, dio paso a su ulterior empleo como campanillas o como campanas. Ese uso acabaría siendo asumido por el cristianismo, que lo multiplicó y expandió aplicándolo a numerosas funciones. Mas antes de que el vocablo campana asumiera su significado definitivo hubo de competir con otros varios términos que aspiraban a la denominación de semejantes utensilios sonoros. Entre las palabras que rivalizaban con *campana* cabe citar el término *nola*, que vemos empleado en el siglo V p.C. por el fabulista Avieno<sup>9</sup> o por las *Anecdota Helvetica* para designar la campana. Dicho vocablo deriva de la ciudad de Nola, localidad de Campania, aunque ha querido tomarse como argumento para atribuir a Paulino, obispo de Nola (muerto el 431) y discípulo de Ausonio, la introducción del empleo de las campanas en el ritual cristiano. Rivalizó también con el término *signum*, aunque la competencia en este caso no debió ser excesiva por el carácter genérico y el significado polivalente de *signum*. Más

<sup>4</sup> En este sentido debe interpretarse, sin duda, el término campana que se lee en una inscripción relativa a los *Fratres Arvales* (CIL VI 2067, p. 523), y cuyo significado sería el de *vasa Campana*, "vasijas de Campania", y no "campanas", como a veces se ha pretendido.

<sup>5</sup> Plinio, *NH* 34, 95: *In reliquis generibus palma Campano perhibetur, utensilibus vasis probatissimo.*

<sup>6</sup> Plinio, *NH* 34, 95: *Pluribus fit hoc modis. Namque Capuae liquatur non carbonis ignibus, sed ligni, purgaturque roboreo cribro profusum in aquam frigidam ac saepius simili modo coquitur, novissime additis plumbi argentarii Hispaniensis denis libris in centenas aeris. Ita lentescit coloremque iucundum trahit, qualem in aliis generibus aeris adfectant oleo ac sale.*

<sup>7</sup> Isidoro de Sevilla, *Orig.* 16, 20, 9.

<sup>8</sup> A. HÜBNER, *Jahrbuch des Deutschen Archäolog. Instituts* 9, 1894, 187.

<sup>9</sup> Avieno *Fab.* 7, 8: *iusserat [sc. canem] in rabido gutture ferre nolam.*

resistencia encontró frente al también tardío término *clocca*<sup>10</sup>, palabra céltica importada por los misioneros anglo-irlandeses que evangelizaron Europa. En diversos lugares del continente *clocca* acabó por desplazar tanto a *campana* como a *signum*, dando lugar al término francés *cloche* y al alemán *glocke*, y dejando también sentir su influencia en hablas periféricas de la Península Ibérica, como lo muestran el asturiano *chueca*<sup>11</sup> y el portugués *choca*, “cencerro”<sup>12</sup>. Por su parte, desde tiempos inmemoriales, el nombre de las campanillas (no de las campanas) fue una acuñación onomatopéyica *-tintinnabulum-*, ya empleada por Plauto junto a una forma similar: *tintinnaculum*. Así, en *Ps.* 332 dice: *lanios inde accersam duo cum tintinnabulis*, esto es, “Me acercaré a buscar dos matarifes con sus campanillas”, aludiendo cómicamente con el nombre de “matarifes” a los verdugos, cuya residencia estaba siempre fuera de la ciudad (*extra portam Esquilinam*) y que solían anunciar su presencia haciendo sonar unas campanillas<sup>13</sup>. A ello parece aludir Plauto en *Truc.* 782, donde utiliza el segundo vocablo citado, *tintinnaculum*, cuando dice: *...nisi si ad tintinnaculos voltis vos educi viros*, o sea, “...a no ser que os apetezca ser conducidos, fuera de la ciudad, a los hombres de las campanillas”<sup>14</sup>. La *Appendix Probi*<sup>15</sup> considera que la forma correcta es *tintinnaculum non tintinnabulum*. Emparentado con *tintinnabulum* y *tintinnaculum* está el verbo *tintinnire* o *tintinnare*, muy arcaico también, y que vemos empleado por Nevio y por Afranio<sup>16</sup>. A similar familia remontan formas castellanas como “tintinear”, “retintinear”, “tintines”, “retintín”, etc.

Todos los términos que acabamos de citar aparecen recopilados en un fragmento procedente del Códice Vaticano 1343, que hace años publicamos como Apéndice 19 a las *Etimologías* de san Isidoro de Sevilla<sup>17</sup>. He aquí sus

<sup>10</sup> Lo encontramos a partir de textos medievales. Así, en Alcuino de York, Poema 203: *Semper in aeternum faciat haec cloccula tantum carmina, sed resonet nobis bona clocca cocorum.*

<sup>11</sup> Alonso ZAMORA VICENTE, *Dialectología española*, Madrid 1974, p. 135.

<sup>12</sup> Jakob JUD, “Sur l’histoire de la terminologie ecclesiastique de la France et de l’Italie”, *Revue de Linguistique Romaine* 10, 1935, 1-62, especialmente pp. 38-39.

<sup>13</sup> El término *tintinnabulum* lo emplea Plauto de nuevo en *Trin.* 1004: *Numquam edepol timere tinnit <tint>innabulum*, “nunca suena el sonajero sin que alguien lo agite”.

<sup>14</sup> Otros interpretan el giro burlón *tintinnaculi viri* como alusivo a las personas encadenadas, que al caminar hacen sonar los grilletes como si de campanillas se tratara; e incluso a los fabricantes mismos de cadenas. También se colgaba una campanilla al cuello de los criminales que iban a ser ajusticiados. Y así nos muestran las *Acta Sanctorum* a muchos cristianos conducidos al martirio.

<sup>15</sup> *App. Probi* p. 199, 13 Keil.

<sup>16</sup> Nevio, *Com.* 114. Afranio, *Com.* 393. Cf Festo-Paulo, p. 501 L: *Tintinnire et tintinnabant Naevius dixit pro sonitu tintinnabuli.*

<sup>17</sup> M.A. MARCOS CASQUERO y J. OROZ RETA, *San Isidoro de Sevilla. Apéndices a las Etimologías, según la edición de Arévalo*, Salamanca 1983, pp. 168-169.

palabras: "Acerca de los vasos fundidos, e incluso de los que sirven para llamar y que simplemente se llaman 'señales' (*signa*), porque con su sonoridad provocada por ciertos pulsadores marcan las horas en que se celebran los oficios instituidos en la casa de Dios, de esos objetos -repitocreo que hay que decir algo, ya que su uso no se remonta a costumbres antiguas, dado que no se daba entre ellos la tan numerosa abundancia de conventos como hay ahora. Entre unos, la simple devoción los empujaba a concurrir a las horas establecidas; otros eran invitados mediante llamadas públicas y en una celebración solemne se enteraban de las que iban a tener lugar próximamente. Entre otros, las horas se anunciaban en tablones de anuncios (*tabulis*) y, entre algunos, a toque de cuerno (*cornibus*). Afirman que el uso de los vasos motivo de nuestro comentario fue descubierto entre los ítalos. Los vasos mayores se denominan 'campanas' (*campanae*); a los más pequeños -conocidos por su sonido como 'tintinábulos' (*tintinnabula*)- los llaman 'nolas' (*nolae*) por la ciudad que, en la Campania, tiene ese mismo nombre y donde por primera vez se fabricaron estos vasos".

## 2º.- CAMPANAS Y CAMPANILLAS EN LA ANTIGÜEDAD.

Una vez que hemos hecho una somera incursión por los aspectos etimológicos del término que nos ocupa, pasemos ahora a buscar respuesta a cuestiones de diferente índole. ¿Dónde se constata la existencia de campanas y/o de campanillas? ¿A qué usos se destinaban? ¿Qué empleos tuvieron en Roma? Los datos que de ello se deriven nos permitirán, sin duda, una aproximación a las creencias que sustentaban el uso de estos instrumentos en circunstancias indudablemente relacionadas con la religión o, en mayor medida, con la superstición.

\* La arqueología ratifica que el empleo de campanillas remonta a tiempos muy remotos. Se han encontrado en tumbas egipcias, persas, asirias, etc.

\* Sabemos que desde tiempos inmemoriales fueron empleadas por los chinos, hasta el punto de considerarse que su origen procede de China, donde comenzarían a oírse hacia el año 1000 a.C. y desde donde se difundieron hacia Occidente<sup>18</sup>. Aún hoy día, el empleo de instrumentos sonoros de este tipo es abundante en el mundo oriental. "Los sacerdotes budistas y taoístas -afirma Eric J. Sharpe<sup>19</sup>- cantan en sus actos de culto y se sirven de campanas y gongs para marcar el ritmo de las plegarias, para llamar la atención de los dioses y de los espíritus, y para ahuyentar a los demonios y otras influencias maléficas. En los templos se usan diariamente campanas y gongs de formas y tamaños diversos. En todo templo de alguna importancia hay una campana grande (sin badajo) y un tambor. En Pekín,

<sup>18</sup> S.G.F. BRANDON, *Diccionario de religiones comparadas*, Madrid 1975, p. 367.

<sup>19</sup> Eric J. Sharpe, en el *Diccionario de religiones comparadas* dirigido por S.G.F. Bardon, Madrid 1975, p. 1071.

Osaka, Kyoto y Nara hay campanas que se cuentan entre las mayores del mundo. Como algo casi único pueden citarse los juegos de piedras musicales usados en los ritos confucionistas: consisten en unas piedras sonoras de diverso grosor y tamaño, que penden de un gran armazón. Los sacerdotes budistas utilizan mucho el instrumento llamado 'pez de madera', ahuecado en forma parecida a una calavera y que se hace sonar golpeándolo con un mango también de madera. Las 'campanas de viento' que penden en los aleros de los templos y pagodas tienen la supuesta virtud de alejar a los demonios".

\* Su uso se constata también en el mundo judío. A este respecto es muy llamativa la descripción que en el *Éxodo*<sup>20</sup> se hace de la vestimenta (*efod*) que el sacerdote debe portar para entrar en el santuario: "Harás el manto del efod todo de púrpura violeta. En medio de él habrá una abertura para la cabeza; la orla alrededor de la abertura será una labor de fino tejido; tendrá una abertura como la de una coraza: así no se deshilará. En torno a su orla inferior pondrás granadas de púrpura violeta, púrpura escarlata y carmesí, y entre ellas, todo en derredor, campanillas de oro: una campanilla de oro y una granada, una campanilla de oro y una granada a lo largo de toda la orla inferior de la vestidura, todo alrededor. Lo llevará Aarón al oficiar, de manera que se oiga el tintineo cuando entre en el santuario a la presencia de Jahvé y cuando salga de él, y así no muera".

El efod es mencionado por la literatura sacerdotal tardía como un componente de los ornamentos del sumo sacerdote, pero en fuentes más antiguas parece tratarse de un objeto (sin duda ornamental) estrechamente vinculado a la adivinación. En textos ugaríticos el término '*pd*' designa un adorno de la divinidad. Se ha pensado que, tras erradicarse en Israel todo tipo de representación iconográfica, el efod subsistió para evocar de algún modo la figura de Jahvé en las prácticas adivinatorias de la religión israelita preexílica<sup>21</sup>, que se esconden tras los nombres de *Urim* y *Tummim*, y cuya finalidad sería la de descubrir cuál era la voluntad de Yahvé<sup>22</sup>.

La orla del vestido talar lleva, alternando, campanillas de oro y granadas. La granada tiene un simbolismo muy determinado en el mundo bíblico. Por sus abundantes semillas y por el color rojizo y sangriento, el fruto del granado simbolizaba la plenitud de la vida. Era atributo habitual de dioses orientales de la vegetación (como Baal y Adonis) o de diosas mediterráneas

<sup>20</sup> *Éxodo* 28, 31-35. La misma descripción vuelve a hacerse en 39, 22-26.

<sup>21</sup> Cf *Num* 27, 21; *1 Reg* 14, 41ss.

<sup>22</sup> Parece ser que *urim* y *tummim* eran los nombres de dos piedrecillas o palitos, diferenciados entre sí por la forma, por el color o por alguna marca, y que se utilizaban para consultar a Yahvé, como podían hacerlo los romanos con el vuelo de las aves o la consulta a las entrañas de los animales. Estos objetos se guardaban en un bolsillo o saquito cuadrangular, denominado 'pectoral del juicio' (*Lev* 8, 8; *Eccl* 4, 10 ó 12), que el Sumo sacerdote llevaba en el efod, de donde la expresión "presentar el efod" cuando dicho sacerdote se disponía a consultar a Yahvé (*1 Reg* 23, 9).

de la fecundidad (como Afrodita). En Siria, los granados plantados en el patio de una casa para celebrar la fiesta del año nuevo, tal vez -como apunta Manfred Lurker<sup>23</sup>- eran una referencia simbólica al poder invencible de la vida, que se renueva sin cesar.

Hay quienes<sup>24</sup> consideran que las campanillas del efod reproducían una costumbre de los reyes orientales, adoptada por los israelitas para sus propios fines litúrgicos, sin duda por la magnificencia que entrañaba. Y basándose en *Eclesiástico* 45,11, en que se describe el traje sacerdotal de Aarón así: "Y le puso alrededor campanillas, para reproducir suave música al caminar, haciendo oír su sonido en la sala interior del santuario, para dar una señal a los hijos de su pueblo", opinan que tales campanillas tenían como finalidad anunciar la presencia del Sumo Sacerdote en los momentos más solemnes del ceremonial, como eran el inicio y el final del mismo, para que los asistentes adoptaran una postura recogida y reverente. Pero es indudable que la frase final del texto -"Y así no muera"- reclama una explicación más compleja.

Así lo consideró Frazer<sup>25</sup> cuando trató de buscar el motivo último del empleo de campanillas de oro en el traje sacerdotal judío recurriendo a la comparación con hechos que consideraba similares en otras culturas. La conclusión a la que llega es que dichos adminículos podían tener una doble finalidad: bien la de repeler a los demonios y espíritus malignos precisamente en el momento en que el sacerdote se disponía a atravesar el umbral del templo, bien la de llamar la atención de la divinidad gracias al tintineo de las campanillas que pendían del manto del sacerdote. No obstante, a lo largo de todo su estudio Frazer hace especial hincapié en la primera de las dos posibles finalidades. La casi totalidad de los ejemplos que aduce apuntan en esa dirección. A ello lo inclina un hecho considerado indiscutible y probado, como es la creencia -generalizada en la Antigüedad y viva hasta tiempos aún muy recientes- en que el sonido del metal tenía la virtud de poner en fuga a los demonios y a los espíritus malignos, ya se trate del tintineo musical de unas campanillas, ya del son grave y doctoral de una campana, del alboroto de unos címbalos, del profundo acento de un gong o del simple sonido de un objeto de metal.

\* El uso de campanillas u objetos similares está constatado en Grecia tanto por la arqueología como por la literatura. En el mundo griego, las campanillas tenían un múltiple empleo, y quizá su uso profano explique (como sucederá en Roma) su utilización religiosa. Veamos algunos de aquellos usos.

---

<sup>23</sup> Manfred LURKER, *Diccionario de imágenes y símbolos de la Biblia*, Córdoba 1994, p. 108.

<sup>24</sup> S. BARTINA, *La Sagrada Escritura. Antiguo Testamento. I, Pentateuco*, BAC, Madrid 1967, p. 478.

<sup>25</sup> J.G. FRAZER, *El folklore en el Antiguo Testamento*, Méjico 1981 (La 1ª ed. en inglés data de 1907-1918), pp. 558-586.

- a) Con el sonido de una campana o campanilla se anunciaba la apertura del mercado<sup>26</sup>. A ello alude Plutarco<sup>27</sup> cuando dice: “Pues llamamos exquisitos y amantes de la buena comida no a los que disfrutaban de la carne de vaca... ni al que se pirra por los higos... ni al apasionado por las uvas..., sino a esos tipos que se ven de continuo en torno a las pescaderías y oyen rápidamente la campana”. El texto plutarquiano se refiere concretamente a la campana que convoca a la venta del pescado. De dicha campana encontramos también noticia en la siguiente anécdota registrada por Estrabón<sup>28</sup>. Cuenta que se hallaba un citaredo tocando y cantando en una plazuela, cuando de pronto comenzó a sonar la campana que anunciaba la apertura del mercado. Todos los espectadores que lo rodeaban echaron a correr, salvo uno de ellos. Emocionado, el músico agradeció la muestra de solidaridad que suponía seguir junto a él, a pesar de haber sonado la campana del mercado. El espectador, que debía ser duro de oído, puso cara de asombro y dijo: “¡Ah! ¿Es que ya ha sonado?”. Y se alejó corriendo.
- b) Los centinelas griegos solían hacer la ronda nocturna sirviéndose de una campanilla que se pasaban de puesto en puesto haciéndola sonar, de modo que su sonido colaborase a mantenerlos despiertos. A veces era un soldado el especialmente encargado de ir pasando por cada uno de los puestos, dando la vuelta a toda la muralla. A esto alude Aristófanes en dos pasajes de *Aves* en los que el verbo *κωδωνοφορεῖν* (literalmente ‘llevar en torno la campanilla’, *κώδων*) significa ‘hacer la ronda nocturna’. En el primero de ellos<sup>29</sup> se dice simplemente *κωδωνόφορων περιτρέχει*, esto es, “corre todo alrededor tocando la esquila”; el segundo<sup>30</sup> pasaje resulta aún más explícito: “Se hacen rondas, se lleva la esquila (*κωδωνοφορεῖται*), hay centinelas y señales nocturnas en las torres”. Costumbre tal explica el siguiente pasaje de Tucídides<sup>31</sup>: “Al final de aquel invierno [año 422 a. C.], ya próxima la primavera, Brásidas hizo un intento sobre Potidea. Se acercó a la ciudad durante la noche y consiguió apoyar en el muro una escala sin ser descubierto hasta ese momento, pues su colocación se hizo durante el intervalo entre dos centinelas, cuando ya había pasado la campanilla antes de que regresara el que había pasado llevándola. Sin embargo, luego se dieron cuenta enseguida, antes de que nadie pudiera llegar al pie del muro, y él retiró a toda prisa sus fuerzas, sin aguardar la llegada del día”. El centinela que debía hacer llegar la campanilla al puesto siguiente abandonaba momentáneamente el suyo, ocasión que

<sup>26</sup> Entre los romanos, la hora del cierre de los baños se anunciaba con una campanilla. Cf Marcial 14, 163: *Redde pilam: sonat aes thermarum. Ludere pergis?*

<sup>27</sup> Plutarco, *Quaest. conviv.* 4, 4, 2.

<sup>28</sup> Estrabón 14, 2, 21.

<sup>29</sup> Aristófanes, *Aves* 842.

<sup>30</sup> Aristófanes, *Aves* 1160.

<sup>31</sup> Tucídides 4, 135.

había aprovechado Brásidas. Una escena parecida la encontramos en Plutarco<sup>32</sup>, cuando narra el intento de Arato de asaltar de noche la ciudad de Sición para derrocar el tirano Nicocles: "Llegaron al muro y arrimaron sin inconveniente las escalas. Al subir los primeros, el que hacía la ronda de la madrugada acertó a pasar con la campanilla, y eran muchas las luces y el ruido de los que lo acompañaban". Los perros presienten al enemigo y comienzan a ladrar desde la muralla. Desde un puesto de guardia preguntan al centinela el motivo de tales ladridos: "Éste respondió desde la torre que no había motivo alguno de cuidado; que sin duda el perro se había alborotado con las luces y con las campanillas de los que había hecho la ronda".

- c) Son muchos los cultos, a menudo de carácter místico, en que se hace uso de campanas y de címbalos. Tal sucede en los de Cibeles, en los Deméter y Prosérpina, en los de Baco<sup>33</sup>, etc., del mismo modo que en Egipto las fiestas de Osiris se celebraban entre el repicar de múltiples campanillas. Un comentarista de Teócrito señala que en los misterios de los enigmáticos dioses Cabiros (a menudo confundidos con los Coribantes y Curetes) se hacían sonar campanillas en la creencia de que su sonido tenía la virtud de purificar. Cerca de Tebas, en el templo de los Cabiros, se halló una campanilla ofrecida por un tal Pirrias como exvoto a las divinidades del lugar, con una inscripción en que se leía: *Πυρία Καβιρῶν καὶ παιδί*.

Seguramente en este punto topamos con uno de los motivos básicos que explican el extendido empleo de campanillas, sonajeros, címbalos e instrumentos similares: la creencia en sus poderes profilácticos, apotropaicos y, consecuentemente, purificatorios. Según Suidas (s.v. *δωδωναίον χαλκεόν*), en el templo de Zeus en Dodona podían verse colgadas varias campanitas de bronce, que los asistentes a dicho templo hacían sonar para alejar a los espíritus maléficos. Según Estrabón<sup>34</sup>, también en Dodona había un bronce hueco y sobre él una figurilla humana armada de un látigo: cuando el viento agitaba dicho látigo, éste golpeaba el bronce, que resonaba como una campana. Juan Tzetzes afirma que el tañido del bronce es tan eficaz como los ladridos de los perros para espantar apariciones y espíritus capaces de hacer daño.

Alejandro de Afrodisia<sup>35</sup> y Luciano de Samósata<sup>36</sup> nos informan de la creencia en que el sonido producido por el bronce o por el hierro ahuyentaba a démones, fantasmas y espíritus malignos. La ironía de Luciano resalta el terror de los espectros ante el sonido del metal que los pone en

<sup>32</sup> Plutarco, *Vida de Arato* 7-8.

<sup>33</sup> En muchos sepulcros de iniciados en los misterios de Baco se ven esculpidas campanillas, junto a otros símbolos y atributos del dios.

<sup>34</sup> Estrabón VII, fragm. 3.

<sup>35</sup> Alejandro de Afrodisia, *Probl.* 2, 46.

<sup>36</sup> Luciano de Samósata, *Philoseudés* 15.

fuga, en contraste con la atracción que las cortesanas experimentan ante el tintineo de las monedas. Por esa capacidad apotropaica, especialmente del bronce<sup>37</sup>, se consideraba muy oportuno que en todo acto ritual se hiciese resonar un objeto de metal a fin de mantener alejada la presencia de cualquier espíritu adverso que pudiera echar a perder las ceremonias, especialmente, según Apolodoro<sup>38</sup>, cuando se trataba de expiaciones y de purificaciones.

Quizá la creencia que nos ocupa pueda proporcionarnos una clave para explicar la leyenda griega que cuenta que los Curetes danzaban en torno a Zeus recién nacido, haciendo sonar sus escudos golpeados con las lanzas para evitar que los vagidos del niño atrajeran la atención de Crono y éste devorase a su retoño. Quizá tal leyenda no sea más que el recuerdo de una antigua costumbre tendente a proteger a los niños frente a las numerosas causas de mortalidad infantil, que el hombre atribuía a la acción de espíritus perversos causantes de enfermedades. Frazer<sup>39</sup> imaginaba que, a raíz del nacimiento de una criatura, el padre y los amigos bailaban en torno al recién nacido una danza guerrera de tipo apotropaico, golpeando los escudos para evitar que los llantos del niño atrajeran la atención de espíritus perversos y al mismo tiempo el estrépito ahuyentara a los demonios perniciosos<sup>40</sup>. Ritos apotropaicos similares se constatan en los cinco continentes. En Roma, el espíritu enemigo de puérperas y recién nacidos tenía un nombre concreto: Silvano. Para mantenerlo lejos de la recién parida y de su vástago, tres hombres se colocaban a la puerta de la casa, armados, respectivamente, de un hacha, una mano de mortero y una escoba: mientras los dos primeros golpeaban el umbral con el hacha y con la mano de mortero, el tercero lo barría con la escoba.

<sup>37</sup> Los *tintinnabula* eran generalmente de bronce. En mucha menor cantidad se han encontrado también de hierro, aunque este metal se empleaba sobre todo para el badajo. Como quiera que el hierro acaba oxidándose, la mayoría de las campanillas descubiertas carece de badajo.

<sup>38</sup> Apolodoro, fragm. 36.

<sup>39</sup> J.G. FRAZER, *El folklore en el Antiguo Testamento*, Méjico 1981, pp. 580-584.

<sup>40</sup> En igual sentido se expresa Luis GIL, *Therapeia. La medicina popular en el mundo clásico*, Madrid 1969, pp. 284-285: "Los primitivos peanes serían de índole orgiástica y muy parecidos a los cantos y a las danzas de los chamanes en los que palabra, música y movimientos corporales se conjugan con una finalidad religioso-medicinal. Otra prueba a favor de esta hipótesis reside en el hecho de localizar la tradición en dicha isla [sc. Creta] a los Curetes, que con sus danzas y con el estruendo producido con los golpes de sus armas impidieron que Crono oyera los lloros del niño Zeus. La similitud entre los Curetes y los Coribantes, que no pasó inadvertida a los propios griegos, plantea el problema del primitivo significado de sus danzas y de sus cantos. Rito protector del nacimiento o de la fertilidad, según las interpretaciones, L. Deubner observó con razón que el apartar malos influjos de la vida en germen implica la defensa de la madre y del recién nacido. Así se explica que los Curetes tuvieran en Mesenia un templo junto a Iltiya (Pausanias 4, 31, 9)".

Desde el momento en que se consideraba que la enfermedad era provocada por espíritus enemigos del hombre, que se apoderaban de su salud en beneficio propio, era natural que se recurriese a cualquier recurso mágico capaz de ahuyentarlos. Conjuros, música, danza, sonidos de metal buscaban -muchas veces todos ellos conjuntados- idéntico fin en ceremonias o ritos de carácter apotropaico o purificador<sup>41</sup>.

Hesiquio menciona el nombre de unos sacerdotes dotados de capacidades curativas, denominados *Nyktidai*, "los hijos de la Noche", que actuaban durante las horas nocturnas, cuando los infernales habitantes de las sombras emergían a la superficie de la tierra para provocar enfermedades pestilenciales. Los *Nyktidai* tenían como función expulsar del territorio a tales espíritus morbosos, sin permitirles apoderarse de víctima alguna entre la población. Síntoma de su presencia eran los aullidos de los perros en noches de luna, circunstancias propicias a la macabra Hécate. Aunque Hesiquio no aporta detalles al respecto, podemos colegir por otras fuentes que los componentes de este colegio sacerdotal recurrían, entre otros medios apotropaicos, a golpear objetos de bronce, címbalos o campanillas, como vemos hacer a la hechicera de Teócrito<sup>42</sup>. En ese mismo sentido, el autor del *De morbo sacro*<sup>43</sup> nos informa de que, cuando se presentan síntomas de fiebre aguda o de sonambulismo, es señal inequívoca de que Hécate y las almas de los muertos (aquí denominados "héroes") han hecho acto de presencia. En casos tales, la terapia a aplicar es el empleo de címbalos, hechos sonar ritualmente, como vemos en un fragmento del *Misógino* de Menandro<sup>44</sup>: "Cinco veces al día hacíamos sacrificios; formando círculo, las criadas hacían sonar el címbalo siete veces, mientras otras lanzaban el grito ritual".

Muchos pitagóricos consideraban que las enfermedades eran provocadas por determinados demonios existentes en el aire. También algunos pitagóricos afirmaban que el bronce estaba imbuido de un poderoso espíritu divino. Así, Eustacio<sup>45</sup>, obispo de Tesalónica, comentando a Homero en el siglo XII, pero sirviéndose de fuentes antiguas, explica el motivo por el que el trípode de Apolo era de bronce basándose en que "el bronce es el único elemento inanimado dotado de voz", apostillando al mismo tiempo que "los pitagóricos afirman que el bronce resuena con todo espíritu divino". Similar idea se lee en el escolio T a *Iliada* 16,408. Tal creencia es explícita en el *Περὶ τῶν πινθαγορέων* de Aristóteles<sup>46</sup>, cuando dice: "la

<sup>41</sup> Luis GIL, *Therapeia. La medicina popular en el mundo clásico*, Madrid 1969, p. 287, nos recuerda que "el efecto de la música, a la que iba en un principio ligada la palabra mágica, según indican las etimologías de *ἐπιρῆ* o *incantum*, era el de ahuyentar el numen de la enfermedad".

<sup>42</sup> Teócrito 2, 36.

<sup>43</sup> *De morbo Sacro (Corpus Hippocraticum)* 6, 362 L.

<sup>44</sup> Menandro, *Misógino* 320 Kock.

<sup>45</sup> Eustacio, *Comentario a la Iliada*, p. 1067, 59 Van der Valk.

<sup>46</sup> Aristóteles, fragm. 196 Rose apud Porphy. Vit. Pyth. 42 Nauck.

resonancia producida al dar un golpe al bronce es la voz de uno de los démones que está encerrado en él". La virtud apotropaica del sonido se basa, sin duda, en la similitud existente entre viento/alma y eco<sup>47</sup>, virtud apotropaica que tiene su aplicación más inmediata en el mismo ámbito incorpóreo en que espíritu y sonido se circunscriben.

El valor apotropaico y terapéutico del bronce radica no sólo en su sonido, sino también en el empleo material que de él hacen los médicos y curanderos. Plinio<sup>48</sup> y Marcelo Empírico<sup>49</sup> apuntan que, en la recolección de hierbas mágicas y curativas, nunca debe emplearse un instrumento de hierro, sino de bronce, quizá, como apunta H. Marzell<sup>50</sup>, porque el instrumental empleado con fines médicos o mágicos, antes del descubrimiento del hierro, se fabricaba en bronce, material éste cuya sacralización primitiva arraigó en las creencias y pervivió durante siglos, sin que se viese desplazado por el hierro, que sería considerado por ello un "neumodische Metall", un material profano en operaciones mágico-medicinales. Por ello, sin duda, vemos a Aristóteles<sup>51</sup> y, mucho más tarde, a Vegecio<sup>52</sup> recomendar el uso de instrumentos quirúrgicos de bronce con preferencia a los fabricados con hierro.

\* También en el mundo romano se constata el empleo de campanillas y objetos metálicos sonoros, y con finalidades similares hasta las ahora apuntadas. De ser cierta la noticia que Plinio<sup>53</sup> dice tomar de M. Varrón, su uso era ya conocido entre los etruscos. Hablando de los diversos laberintos existentes en el mundo, Plinio menciona uno en Italia. Se trataba -a tenor de los datos varronianos- de la tumba del etrusco rey Porsenna, construida cerca de Clusium como un laberinto inextricable, de planta cuadrada, coronada por cinco pirámides, una en cada ángulo y una quinta en la parte central. El extremo de todas estas pirámides estaba rematado por un disco de bronce, dotado de una cúpula cónica, de la que pendían campanillas (*tintinnabula*) colgadas de cadenas (*ex quo pendeant catenis tintinnabula*) que, al ser agitadas por el viento, emitían un sonido que se oía desde larga distancia (*quae vento agitata longe sonitus referant*), lo mismo que sucedía antaño -apostilla Plinio- con las campanillas existentes en Dodona, que hemos mencionado hace un momento: *ut Dodonae olim factum*. Apuntemos, no obstante, que Plinio consideraba fabulosa la narración varroniana.

De la existencia de campanillas (*tintinnabula*) en los templos nos da testimonio Suetonio<sup>54</sup>, cuando relata un hecho relacionado con Augusto:

<sup>47</sup> M. DETIENNE, *La notion de daimon dans le pythagorisme ancien*, París 1963, p. 50.

<sup>48</sup> Plinio, *NH* 24, 68.

<sup>49</sup> Marcelo Empírico 23, 35.

<sup>50</sup> H. MARZELL, "Der Zauber der Heilkrüater in der Antike und Neuzeit", *AGM* 29, 1936, 3-26, particularmente la p. 9.

<sup>51</sup> Aristóteles, *Problem.* 35, 863<sup>a</sup> 25-31.

<sup>52</sup> Vegecio, *Mulom.* 1, 28, 3.

<sup>53</sup> Plinio, *NH* 36, 91-93.

<sup>54</sup> Suetonio, *Aug.* 91, 2.

“Con motivo de sus frecuentes visitas al templo que había consagrado en el Capitolio en honor de Júpiter Tonante, soñó que Júpiter Capitolino le reprochaba haberle substraído sus adoradores y que él a su vez le contestó que había colocado a su vera a Júpiter Tonante para que le hiciera la veces de portero. Éste es el motivo por el que inmediatamente dio la orden de guarnecer con campanillas (*tintinnabulis*) el techo del templo de este dios, de acuerdo con la costumbre de colgar tales adminículos en las puertas de las casas (*quod ea fere ianuis dependebant*)”. Podría pensarse tal vez que se alude aquí al uso de campanillas como llamadores de puerta, pero semejante uso no parece constatado en el mundo romano: las casas solían estar dotadas de aldaba<sup>55</sup>. Consideramos preferible ver en las campanillas del templo de Júpiter Tonante, como en las del templo de Zeus en Dodona, una finalidad profiláctica: el sonido llama la atención del dios, considerado como un guardián-portero vigilante, para que mantenga lejos cuanto puede interferir en la efectividad de su acción en favor de los fieles.

El valor apotropaico del sonido del bronce se atestigua en Roma en rituales tan arcaicos como el de los Lemuria. La creencia común consideraba que los días 9, 11 y 13 de mayo los espíritus de los difuntos emergían del Averno y recorrían las calles de la ciudad, visitando especialmente aquellos lugares más vinculados a ellos durante su vida, entre los que figuraba sobre todo la casa familiar. En esas fechas, el paterfamilias se levantaba a media noche: “Ninguna ligadura -dice Ovidio<sup>56</sup>- presentan sus pies, y hace un gesto introduciendo su pulgar entre los demás dedos juntos... Se purifica con agua corriente, arroja habas negras por encima de su hombro y dice nueve veces sin mirar a sus espaldas: ‘lanzo estas habas y con ellas me libero a mí y a los míos’. *Hace resonar bronce* e invita a los espíritus a que abandonen la casa diciendo nueve veces: ‘salid de aquí, manes de mi familia’”.

En este mismo sentido hay que apuntar que en muchas tumbas griegas y romanas se han encontrado campanillas -casi siempre de bronce, pero también de otro metal o de terracota-, lo que testimonia la existencia de una práctica funeraria basada en el deseo de asegurar al muerto la paz del sepulcro, alejando de sus restos las sombras maléficas que pudieran perturbarlo. Un escolio a Teócrito recuerda que, en el momento en que una persona moría, se hacían sonar en torno a él o a su morada campanillas para preservar el cuerpo de los asaltos de los espíritus malignos.

Sin duda es el valor apotropaico de la campanilla de bronce el motivo por el que del carro del general vencedor que desfilaba en triunfo se colgaba, entre otros objetos, también éste. En el siglo XII, el bizantino Zonaras<sup>57</sup> recuerda que del carro del victorioso M. Fulvio Camilo pendían una

---

<sup>55</sup> Tampoco parece testimonio definitivo al respecto el pasaje de Séneca, *De ira* 3, 53, 3, que dice: “¿Por qué, infeliz, te asustas cuando oyes la voz de un esclavo, el tintineo del bronce o el aporreamiento de una puerta?”.

<sup>56</sup> Ovidio, *Fast.* 5, 419-492.

<sup>57</sup> Zonaras, *Ann.* 7, 21.

campanilla, una fusta y un vergajo, objetos que él interpreta como destinados a recordar al hombre poderoso que podría verse precipitado desde la cumbre de la gloria al abismo del deshonor. Es cierto que los antiguos romanos pusieron un especial cuidado en evitar que el general que desfilaba triunfador se dejase invadir por el orgullo, por la *ὑβρις*, y pudiera equipararse a los dioses, atrayendo sobre él y sobre la ciudad la cólera divina. Por ello, en su carro victorioso montaba un esclavo que, al par que sostenía sobre la cabeza de aquél la corona del triunfo, le recordaba una y otra vez que no era más que un mortal. Quizá la fusta y el vergajo a los que alude Zonaras simbolicen la misma idea; pero la campana, en cambio, tiene una finalidad distinta: la de alejar de la persona feliz el mal de ojo que la envidia, que sin duda suscitaría su triunfo, podría provocar sobre él. El sonido de la campanilla neutralizaría semejante peligro.

Ese mismo poder protector es el que llevaba a los guerreros a usar campanillas en sus aderezos y en sus armas. Esquilo<sup>58</sup> afirma que Tideo llevaba una campanilla colgada de su escudo; y por Dión Casio<sup>59</sup> sabemos que la contera de las armas cortas de los guerreros bretones estaba adornada con una campanilla.

Ese valor profiláctico de las campanillas no preservaba sólo a las personas, sino también a animales, objetos diversos y lugares. La arqueología pone de manifiesto que muy a menudo las joyas (sobre todo los collares y las pulseras) están aderezadas con campanillas con un claro valor de talismanes. Su valor apotropaico se acrecienta cuando en ellas aparecen grabadas figuras utilizadas contra el mal de ojo: sapos, manos haciendo la higa, falos, *homines cacantes*, etc. Quizá una finalidad similar era la que llevaba a colgar campanillas del cuello de todo tipo de animales -asnos, caballos, perros, gatos, carneros, etc.-, como puede verse en pinturas, relieves y terracotas sacados a la luz por los arqueólogos, y como lo testimonian las fuentes escritas<sup>60</sup>. Incluso se adorna con ellas a los cerdos, como vemos en la grotesca escena del festín de Trimalción<sup>61</sup>, en la que, en un momento dado del banquete, "fueron entrando al triclinio tres cerdos blancos con sus cabestrillos<sup>62</sup> y cascabeles (*capistris et tintinnabulis culti*)".

Las campanillas colgadas al cuello de los animales eran indicativas de que se trataba de animales domésticos. Tal era el cometido de los cencerros que los bueyes portaban al cuello. En cambio, cuando se quería indicar la peligrosidad de éstos, lo que se hacía era colocarles entre los cuernos un haz de heno, costumbre de la que se hacen eco Plutarco<sup>63</sup> y Horacio<sup>64</sup>.

<sup>58</sup> Esquilo, *Siete contra Tebas* 375-385.

<sup>59</sup> Dión Casio 76, 12.

<sup>60</sup> Apuleyo, *Met.* 10, 18, 4.

<sup>61</sup> Petronio, *Sat.* 47, 8.

<sup>62</sup> El cabestrillo era una cadena delgada con que se adornaba el cuello.

<sup>63</sup> Plutarco, *Craso* 7 y *QR* 71. Cf mi comentario al respecto en *Plutarco. Cuestiones Romanas*, Akal, Madrid 1992, p. 367.

<sup>64</sup> Horacio, *Sat.* 1, 4, 34.

El ruido de objetos de bronce (campanilla, gongs, címbalos, etc.) era también considerado sumamente eficaz cuando tenía lugar un eclipse, motivo siempre de temor para el hombre. Juvenal<sup>65</sup> compara a una mujer charlatana con el alboroto producido con múltiples campanillas y calderos, capaz por sí sola de conjurar un eclipse lunar: "cae un torrente tal de palabras, que dirías que se sacuden a la vez un gran número de bacines y de campanillas. ¡Que nadie fatigue las trompetas y los bronces!: ella sola se bastará para sacar a la luna de su apuro".

El uso de campanillas estuvo en Roma vinculado también a la religión. Los arqueólogos encontraron en Tarragona una campanilla cultural datable del siglo II p.C. Una pequeña inscripción en ella grabada hacía saber que aquel objeto (calificado de *cacabulus*) pertenecía a un tal Félix, esclavo vernáculo de un templo, en el que desempeñaba la función de *nuntius minor*. La inscripción concluye con un voto de buenos augurios para el senado y el pueblo romano, a quienes se desea un *saeculum bonum*<sup>66</sup>. Parece ser que el cometido del citado Félix era el de hacer sonar aquel *cacabulus* en los sacrificios en honor del emperador (*sacris augustis*), quizá en su momento culminante, del mismo modo que en nuestras iglesias el monaguillo tocaba la campanilla cuando el sacerdote realizaba la consagración del pan y el vino.

Acabamos de mencionar una inscripción grabada en una campanilla. Añadamos que inscripciones tales se constatan en muchas partes. En el museo Kircher se conservaba una con los nombres de cuatro divinidades. En el Esquilino se halló una campanilla de oro con una inscripción en griego que hacía saber que tal objeto estaba destinado a combatir el mal de ojo. En una tumba de la vía Prenestina aparecieron dos *tintinnabula* en los que, también en griego, se formulaba un deseo de buena suerte para el poseedor.

Si el valor apotropaico y profiláctico de las campanillas y de las campanas es tan evidente y generalizado, ¿cómo es que en el mundo árabe la religión no hace uso alguno de tales instrumentos? Precisamente por esa misma virtud de espantar a los espíritus. El Islam lleva al extremo creencia semejante: considera que las campanas ahuyentan y atemorizan a los espíritus, pero a todos los espíritus, tanto malignos como benévolos. En tal sentido, cree que el repique de las campanas espanta a las almas de los bienaventurados, que gozan del paraíso, donde liban el néctar de las flores como si de abejas se tratara. Por eso, en sus alminares no suenan campanas, sino que es la voz del muecín la que desde lo alto del minarete convoca a los fieles.

<sup>65</sup> Juvenal 6,441: *Verbum tanta cadit vis,  
tot pariter pelves ac tintinnabula dicas  
pulsari. iam nemo tubas, nemo aera fatigat:  
una laboranti poterit succurrere Lunae.*

<sup>66</sup> A. HÜBNER, *Jahrbuch des Deutschen Archäologischen Instituts* 9, 1894, 187.

Resumamos lo dicho hasta aquí. Los objetos de bronce (campanillas, gongs, címbalos, sonajeros, etc.) destinados a producir ruido tenían un valor fundamentalmente apotropaico, aunque secundariamente podían destinarse también a otros usos, sobre todo para anunciar o llamar la atención. Pues bien: esa misma situación vamos a encontrarla en los inicios del cristianismo como práctica asumida por la Iglesia y que se prolongará a lo largo de los siglos.

### 3º. EL CRISTIANISMO Y LAS CAMPANAS.

Como ya hemos apuntado, no se sabe bien cuándo la Iglesia asumió la costumbre de utilizar campanillas y campanas. Lo que sí es indiscutible es que se limitó a continuar una práctica ya existente y extendida, aplicándola a sus propios intereses. Se ha pretendido que fue Paulino de Nola quien, en el siglo V, dio el espaldarazo a dicha práctica. A finales del siglo VII, Beda el Venerable constata en Inglaterra un uso que san Dunstano se afanaría en el siglo X por generalizar.

Luciano de Samósata se hace eco del empleo de las campanas para hacer saber públicamente las horas del día, para lo cual se recurría a un instrumento que golpeaba una campana cuyo badajo era activado merced a artillugio hidráulico. La Iglesia asumió tal uso para señalar las horas canónicas, en las que son destacables los 'toques' del amanecer, del mediodía y del atardecer, en los que se rezaba el popular *angelus*. Las campanas anunciaban también los actos litúrgicos, en especial el de la misa. Y en el desarrollo de ésta, el momento de la consagración: en pasados tiempos, en tal momento eran batidas las campanas del campanario, costumbre que luego quedó restringida al toque de una campanilla en el interior del templo.

Pero más que estos empleos, que pueden calificarse de "pragmáticos", nos interesa reseñar aquí aquellos otros más "primitivos" que mantienen vigente su originaria creencia supersticiosa, relacionada con la virtud apotropaica y profiláctica del sonido del metal. En este sentido, el propio *Pontifical Romano* reconocía implícitamente que las campanas de las iglesias ahuyentaban a los espíritus malignos, apaciguaban a las almas de los muertos y debilitaban la violencia de las tormentas. En pleno siglo XII, el famoso canonista Durando afirmaba que "en las procesiones se tocan campanillas para asustar a los demonios y hacerlos huir... Y ése es también el motivo por el que las iglesias tañen las campanas cuando se observa que está fraguándose una tormenta, a fin de que los demonios... se sientan aterrorizados, emprendan la huida y dejen de activar la tormenta".

Vayamos por partes. Aludamos primero a su virtud ahuyentadora de los demonios y de los espíritus malignos. Si tal sucedía en toda circunstancia, ello tenía una capacidad especial cuando se trataba de la muerte de una persona. La ancestral costumbre exigía que, cuando había señales inequívocas de que alguien iba a morir, las campanas doblasen a muerto. Esta

costumbre cambiaría en tiempos recientes, en que el toque a difunto se deja oír después de que la persona ha muerto. La finalidad por la que se tocaban las campanas en ocasiones tales era doble: por un lado, para que las personas que escuchaban el lúgubre tañido elevasen sus oraciones por el moribundo en su trance postrero; y, por otro, ahuyentar a los demonios y espíritus malignos que, sin duda, acechaban el momento final para lanzarse sobre aquella alma en el momento del tránsito. A comienzo del siglo XVII, el jesuita Martín del Río (hombre de cultura tan extensísima como desconcertante credulidad) dedicaba a este tema varias páginas de su ingente obra sobre *la magia demoníaca*<sup>67</sup>. Así, la Sección III (del Capítulo II del Libro VI) trata de "los remedios sobrenaturales, divinos y eclesiásticos" aplicables contra las asechanzas del demonio. Entre dichos remedios (muchos de ellos de clara impronta supersticiosa) se mencionan la fe, la observancia de los mandamientos, el uso de los sacramentos, el recurso a los santos, las obras satisfactorias, la invocación al nombre de Jesucristo y de los santos, la señal de la cruz, el culto a las reliquias, el agua bendita, el uso de objetos benditos, de amuletos piadosos colgados al cuello y el toque de las campanas, aunque se apresura a considerar un error de Pedro Mejía<sup>68</sup> su opinión acerca del fundamento de la eficacia de tales instrumentos contra los demonios. La refutación del Padre del Río no era para negar la efectividad (que considera un hecho evidente, innegable y probado a diario) del sonido de las campanas contra los poderes demoníacos o su virtud para alejar o calmar la violencia de las tempestades, desencadenadas por aquellos enemigos del género humano. Lo que quiere puntualizar es que virtud semejante no emana de la campana en sí, ni de sus propiedades intrínsecas, ni de la naturaleza del metal, sino del hecho de que las campanas de las iglesias hayan sido previamente consagradas y bendecidas.

En efecto. Desde el siglo VIII se instauró la costumbre de que las campanas de los templos cristianos fueran previamente bendecidas en un ceremonial muy similar al del bautismo de un niño y a la consagración de una iglesia: se la rociaba y purificaba con agua bendita, se la unguía con aceite, se la cubría con ropa blanca y se le imponía un nombre. El ritual era oficiado por el obispo o por un sacerdote. Sobre la campana se grababan a menudo las virtudes que entrañaba su sonido, tales como las de ahuyentar los espíritus malignos o alejar las tormentas, los rayos o el pedrisco. Tal ceremonial era popularmente conocido como "bautismo de la campana". El P. Martín del Río combatía, pues, como superstición la creencia de que fuera el mero sonido del bronce el que por sí mismo tuviese capacidad para espantar mencionados peligros. Y al mismo tiempo calificaba de ridícula la opinión de que una campana pueda perder sus virtudes apotropaicas y

---

<sup>67</sup> Martín del Río, *La magia demoníaca*, Traducción y edición de Jesús Moya, Hiperión, Madrid 1991.

<sup>68</sup> Pedro Mejía, muerto en 1551, autor de una *Silva de varia lección*, publicada en Sevilla 1540, y reeditada por la Sociedad de Bibliófilos Españoles, Madrid 1933.

profilácticas si en la ceremonia de su bautismo actúa como madrina la concubina de un sacerdote y se le impone el nombre de ésta.

La campanas no sólo exorcizaban y ponían en fuga al demonio y a los espíritus malignos. También causaban idénticos efectos sobre quienes estaban en estrecha connivencia con el diablo, como eran las brujas y los hechiceros. Creencia semejante tuvo una expandida vigencia a lo largo de todo el medievo, pervivió durante la edad moderna y aún puede rastrearse hoy día entre las capas más crédulas de muchos países. Un análisis pormenorizado de tales creencias no ocupa aquí lugar, pero el lector podrá consultar al respecto las muchas páginas que al tema hemos dedicado en ocasión más pertinente<sup>69</sup>. Aquí nos limitaremos a reseñar tal creencia y a aducir algún dato ilustrativo.

Era creencia común que en las noches de aquelarre el conventículo se dispersaba en el preciso instante en que se dejaba oír el sonido de una campana. Así mismo, cuando el diablo transportaba por los aires a una bruja y llegaba a él el tañido de una campana, abandonaba al punto a su devota. Cuenta el jurisconsulto, teólogo e inquisidor italiano Pablo Grillando<sup>70</sup> un hecho acaecido en 1524, cuando, en su calidad de inquisidor, tuvo que interrogar a una tal Lucrecia, acusada de brujería. En su declaración la mujer confesó que había sido detenida porque "mientras el demonio la devolvía a su casa desde la asamblea festiva, al romper el alba, oyendo las campanas que llamaban a oración, la abandonó de pronto a la orilla de un río, en un espinar". Ejemplos semejantes a éste podrían multiplicarse hasta el cansancio.

Sin salirnos del ámbito de la brujería, las campanas desempeñaban un papel muy destacado en aquellas fechas del año de especial significación religiosa y en las que la celebración de aquelarres cobraba especial virulencia y solemnidad. Tal sucedía con las vísperas de "las tres Pascuas, las noches de Reyes, de la Ascensión, Corpus Christi, Todos los Santos, la Purificación, Asunción y Natividad de Nuestra Señora", así como la noche de san Juan Bautista, noche mágica por excelencia. En algunas zonas de Francia y de España, también el 5 de febrero, festividad de santa Águeda, y en Alemania la noche del 30 de abril al 1 de mayo, popularmente conocida como "noche de Walpurgis"<sup>71</sup>. En estas ocasiones las campanas no dejaban

---

<sup>69</sup> M.A. MARCOS CASQUERO - H.B. RIESCO ÁLVAREZ, *Pedro de Valencia. El cuento de las brujas*, León 1997.

<sup>70</sup> Paulus Grillandus, *Tractatus de hereticis et sortilegiis*, Lyon 1535, libro I, cuestión 7.

<sup>71</sup> Santa Walpurgis o Walpurga (ca. 710-ca. 777), benedictina inglesa, nacida en Sussex, marchó como misionera a Alemania en compañía de su hermano san Willibaldo y de su tío san Bonifacio. Fue abadesa del monasterio alemán de Heidenheim. A su muerte fue enterrada en Eichstätt, en una roca de la que fluye un aceite de propiedades milagrosas. Una noche del 30 de abril al 1 de mayo fue arrebatada por el diablo hasta el pico Brocken, de las montañas de Harz, y pudo

de doblar durante toda la noche. En muchos pueblos y aldeas existía institucionalizada la figura del campanillero nocturno, que recorría las calles de la localidad haciendo sonar una campanilla para ahuyentar a los espíritus malignos, a las brujas y a los hechiceros. Frazer<sup>72</sup> recuerda, a este propósito, la evocación que de tales campanilleros encierran los siguientes versos de Milton:

“...Y el soñoliento conjuro del campanillero  
que guarda las puertas contra la asechanza  
de brujas malvadas e impíos hechiceros”.

Mencionemos, en fin, la pervivencia de la añeja superstición que creía ciegamente que el tañido de las campanas ahuyentaba también las tormentas, especialmente cuando amenazaban pedrisco, y conjuraba el peligro del rayo. Creencia semejante hunde sus raíces en el más rancio paganismo: tiene sus manifestaciones en todos los países europeos y se detecta de muy similar manera en pueblos de todo el mundo, muchos de ellos muy ajenos a la cultura europea<sup>73</sup>. Tampoco en este punto vamos a alargarnos aduciendo testimonios inacabables. Nos limitaremos a mencionar algunos ejemplos registrados por Rúa Aller y Rubio Gago en diferentes localidades leonesas<sup>74</sup>, espacio geográfico al que nos limitaremos por motivos obvios.

El toque de campanas con la finalidad que acabamos de apuntar se dice que es “contra la truenas” y se conoce como “tente nube”. Los dos mencionados autores recuerdan que en las Ordenanzas de Valdebimbre, de 1674, se lee: “Ordenamos y mandamos que en primero de abril de cada año los regidores que fueren en ella tengan obligación de mandar a sus alcaldes pregonar si hay quien quiera tocar las campanas a buen tiempo y cuando truena, y hayan de ser de la iglesia de Nuestra Señora”. En Bercianos del Páramo el último día del año el pueblo elige un alguacil-campanero, “cuya remuneración es subastada a la baja”, que tiene por misión voltear sin descanso la campana de la ermita del Cristo de las Eras cuando el cielo amenaza tormenta. Cuando el peligro se prolonga varias horas, se turnan los vecinos en dicho volteo campanil, para que la campana no cese de sonar ni un momento. En Lombillo de los Barrios (El Bierzo) la función de campanero para “espantar la truenas” es hereditaria y la campana que se tañe tiene grabada la imagen de santa Bárbara. Las trece campanas de la torre norte de la catedral de León están presididas

---

presenciar un aquelarre en el que las brujas fraguaban sus planes para echar a perder las cosechas, planes que santa Walpurgis pudo desbaratar. Por ello se la consideró patrona contra la hechicería.

<sup>72</sup> J.G. FRAZER, *El folklore en el Antiguo Testamento*, Méjico 1981, p.566,

<sup>73</sup> Así, J.G. FRAZER, *El folklore en el Antiguo Testamento*, Méjico 1981, pp. 570-573, constata en muchos pueblos africanos la creencia de que el sonido de las campanas espanta las tempestades. Los chinos recurren al gong con idénticos fines.

<sup>74</sup> F.J. RUA ALLER - M.E. RUBIO GAGO, *Creencias populares leonesas*, León 1986, pp. 84-90.

por una, llamada *santa Bárbara* (fundida en 1853), cuyo sonido, según creencia común, "ahuyentaba las nubes, contrarrestado el efecto que producían los sonos de las campanas llamadas *La Doble*, de 1757, y *La Voz del Ángel*, de 1728, que atraían el pedrisco". (Obsérvese como la virtud apotropaica de las campanas espanta-nubes se ve acrecentada por su relación con santa Bárbara, abogada contra las tormentas de todo tipo, especialmente las acompañadas de rayos y truenos). En muchos pueblos -Morales del Arcediano, Langre, Armellada (Órbigo), Cunas (La Cabrera), etc.- el Concejo contratava un campanero, una de cuyas misiones consistía en hacer doblar sin descanso las campanas cuando sobre el lugar se cernía una tormenta. En otras localidades semejante cometido correspondía al cura, como en Valdesaz de los Oteros, en Valdemora (Tierra de Campos) o en Rabanal del Camino, en donde se hacían sonar las campanas de santa Bárbara.

Las campanas de los templos cristianos no sólo ostentan inscripciones con su nombre o con la mención de sus peculiares virtudes apotropaicas. A menudo muestran grabadas en ellas fórmulas de conjuro contra el pedrisco, las tormentas y los rayos; o bien plegarias como *Ave Maria* o *Rex gloriae veni cum pace*. "La idea -afirma Jean Hani<sup>75</sup>- es que la campana transmite por las ondas sonoras la fórmula, que llena, purifica y sacraliza el aire y el espacio por la virtud del texto sagrado. Desde este punto de vista, la campana desempeña entre nosotros una función análoga a la de los *cilindros de oración* tibetanos... El cilindro en cuestión es una rueda que contiene rollos de pergamino cubiertos de oraciones que se encuentra en todas las esquinas de las calles, y que los transeúntes hacen girar para 'difundir' de algún modo las oraciones por los aires y consagrar su espacio".

Resumamos las conclusiones. A tenor de cuanto acabamos de decir, la campana no resulta ser un simple instrumento utilitario, destinado a anunciar las horas canónicas o convocar a los fieles para que acudan al templo. Presenta, más bien, un relevante carácter sagrado. La función de la campana la "comprenderemos mejor -como dice Jean Hani<sup>76</sup>- si la integramos en la categoría religiosa a la cual pertenece, la del 'ruido sagrado'. En efecto, el sonido producido por el metal, particularmente por el bronce, no sólo anuncia la presencia de lo sagrado, sino que además "él mismo lo crea, y, por ello mismo, desempeña un papel capital como 'exorcismo' contra las influencias demoníacas".

Apuntemos, finalmente, el hondo sentimiento que despierta en el corazón del hombre el sonido de las campanas, de esas campanas que cada día suenan menos en nuestras ciudades y en nuestros pueblos, de esas campanas que inspiraron poemas tan hermosos como el de Eduardo Pondal

---

<sup>75</sup> Jean HANI, *El simbolismo del templo cristiano*, Barcelona 1997, p. 67.

<sup>76</sup> Jean HANI, *El simbolismo del templo cristiano*, Barcelona 1997, p. 66.

(1835-1917) cuando evoca la *Campana d'Anllons*, o como el de Rosalía de Castro (1837-1885) cuando escuchaba las *Campanas de Bastabales*, o pinceladas de tanta delicadeza como esta estrofa de Ramón Cabanillas (n.1876) con la que ponemos punto final a este trabajo:

...Campanilla faladora  
da igrexa do meu lugar:  
non me chores como morto,  
canta como no nadal.